

# A propósito de una ciencia histórica como la sociología

## Regarding a historical science such as sociology

JEAN-CLAUDE PASSERON

Ecoles des Hautes Etudes en Sciences Sociales EHESS Marseille (Francia)

jean-claude.passeron@univmed.fr

(Traducción de José Luis Moreno Pestaña)

Ya critiquen múltiples puntos de vista de mi epistemología de las ciencias sociales —que presento, en su fondo, como ciencias «históricas»—, ya aprueben la orientación restituyéndola en el universo de las epistemologías «contextualistas», quiero señalar, ante todo, que los tres textos<sup>1</sup> sitúan en su «lugar» epistemológico exacto la descripción del *espíritu científico* a la que se refiere el análisis presentado en *El razonamiento sociológico*. En efecto, hago referencia a la definición del «espíritu científico» que Gaston Bachelard extrajo de un análisis de las «revoluciones científicas» modernas que han marcado las ciencias físico-matemáticas o formales desde Galileo y la formulación del «principio de inercia». La movilidad histórica de los principios de la Razón científica en todas las ciencias empíricas es lo que constituye el punto de partida de mi análisis de las inferencias causales y del razonamiento interpretativo que practican, de hecho, todas las ciencias históricas. Podría formular la cosa en el lenguaje de Gilles-Gaston Granger, que hablaba de la «racionalidad epistémica» de la ciencia, para distinguirla de otras estructuras posibles de racionalidad. La racionalidad del saber, en las disciplinas históricas, adquiere una forma en la que puede «mostrarse» —y no digo «demostrarse»— la constitución de un *régimen de inteligibilidad* específico. Tal es la tesis

---

<sup>1</sup> Agradezco a los profesores Fernando Aguiar, David Teira y Francisco Vázquez García la atención a la traducción de José Luis Moreno Pestaña de la nueva edición de *El razonamiento sociológico*, así como su lectura de múltiples textos anteriores y posteriores que precisan o desarrollan un punto. Les agradezco particularmente la clarificación histórica que proporcionan así al examen epistemológico del concepto de «prueba» en la historia de las ciencias tal y como fue renovada en Francia durante el siglo xx por Koyré, Bachelard, Canguilhem, etc. Su lectura presenta para mí el interés de captar, de describir desde «el exterior» y, por tanto, en otra «metalengua» de descripción, «la evidencia» de un estilo de prueba, más objetivamente de lo que puedo hacerlo yo «desde el interior» de mi propio lenguaje anclado en otra cultura científica nacional. François Jullien sostiene así que su propia descripción del pensamiento chino —que quiso anclar en las palabras de la cultura y de la historia de una civilización distinta— permite también interrogar la filosofía y la ciencia occidentales, de un modo distinto a como lo ha hecho hasta ahora el «comparatismo» clásico de los sinólogos, cuya descripción permanece prisionera de los conceptos occidentales de la identidad y del tiempo.

de *El razonamiento sociológico*, en la que se percibe la principal diferencia con la tesis un poco excesivamente «sociologista» planteada antes en la conclusión del *Oficio de sociólogo*. Al no instituir, para poder afirmar la unidad epistémica de todas las ciencias, más que una diferencia de «dificultad social» entre la sociología y «el resto» de las ciencias, tomábamos, Bourdieu y yo, en *El oficio*, especie de manifiesto pedagógico, el riesgo de animar entre los estudiantes una concepción *naturalista* de las ciencias del hombre.

La sociología y, más generalmente todas las ciencias sociales, le deben a su régimen de inteligibilidad y de administración de las pruebas, su común pertenencia al universo de las ciencias «históricas», en el sentido completo del término. Finalmente, la *estructura del objeto*, inseparable de las *pruebas* que pueden construirse sobre tales objetos, especifica el régimen de producción de conocimientos científicos en sociología. La *racionalidad epistémica* de una explicación o de una comprensión histórica no se describe ni se analiza como la *racionalidad de acción* —especificada, no sin debates, en economía por los axiomas del «principio de racionalidad»— ni como la racionalidad de una *inducción experimental* en las ciencias físico-químicas, ni como la *racionalidad funcional* de la adaptación al entorno en las ciencias de la vida, ni, sobre todo, como la *racionalidad formal* de una deducción matemática o de una «falsación» empírica en sentido estricto. Basándome en una descripción del lenguaje protocolar de nuestras disciplinas, he querido mostrar el rol insoslayable de la «indexación» de las aserciones históricas sobre sus contextos de observación —indexación atestada por la presencia (implícita o explícita) de «deícticos», de «nombres propios», de lugares, de periodos o de circunstancias indispensables para el sentido de las aserciones; y, sobre todo, por la presencia, en el segundo plano semántico de las frases, de «seminombres propios», que son el resorte operatorio de todos los conceptos «ideal típicos» de tipo weberiano—. Ningún *concepto descriptivo* es, en una ciencia histórica, susceptible de una «definición genérica» capaz de agotar las propiedades o los «casos» de figura de una configuración o de una sucesión singulares —como en un «conjunto» cuyos elementos pudiesen enumerarse sin omisión ni repetición según una «lógica extensional»—. Observo entonces, leyendo los tres textos, que se sitúan en un lenguaje de descripción de las pruebas científicas que no es siempre estrictamente superponible con el mío. Como no tengo la posibilidad de responder separadamente, me contento con dos comentarios que deberían levantar cada uno un malentendido posible, si se tienen en cuenta objeciones escritas u orales que me han sido opuestas a menudo durante estos últimos diez años.

#### PRIMER COMENTARIO

Tiene que ver con la ruptura, capital para mí, entre *epistemología* y *filosofía de las ciencias*. Los investigadores anglosajones no separan el campo semántico de los discursos que tratan sobre las ciencias de la misma manera que la mayor parte de los autores continentales —continuadores de largas tradiciones filosóficas francesas o alemanas— para quienes «la epistemología» se distingue en adelante de la filosofía y de las ciencias normativas. La epistemología emergió en el siglo XX en Europa, a partir de la *historia de las ciencias*, definiéndose como un análisis metódico de los hechos de tal historia y autonomizándose voluntariamente de un

pasado demasiado rico en implicaciones semánticas dentro de la *filosofía del conocimiento*. Ésta, de Descartes y la filosofía de la Ilustración o de Leibniz y Kant, luego de Hegel o Marx hasta Husserl y el mismo Heidegger, como filosofía del conocimiento, se constituyó en el muelle donde amarraron todas las grandes empresas metafísicas, lógicas o filosóficas. De golpe descubrí, en Estados Unidos, la dificultad gramatical de un debate exclusivamente *epistemológico* con interlocutores que llamaban «filosofía de la ciencia» lo que yo consideraba «epistemología», ya que esta identificación no dejaba plaza vacante para una ciencia descriptiva más que bajo la forma de una historia o de una sociología de las ciencias y de las técnicas descriptivas. La misma dificultad con *prueba (proof)* y *evidencia (evidence)* que, desde Bacon, Hume y Locke, se distinguen en lengua inglesa para separar y/o asociar la forma discursiva (teórica) y la evolución propia a un procedimiento jurídico («con documentos») de establecimiento de una verdad. Pero el problema continúa siendo debatido en lengua francesa con referencia a la distinción cartesiana entre «deducción» e «intuición» (de «ideas claras y distintas»), operaciones ambas igualmente teóricas: no podría traducir *proof* por prueba (*preuve*), sin añadir el contenido semántico del inglés *evidence* (comprensión del sentido de un procedimiento) y descartando el carácter instantáneo de la «intuición» cartesiana, ya que la temporalidad de la argumentación es inseparable de la construcción de una evidencia en mi epistemología de las ciencias históricas. En suma, la epistemología, para mí, como para todos aquellos que la ven como un saber «positivo» libre de cualquier implicación o presupuesto filosófico, es una descripción metódica de los procedimientos mentales y/o materiales utilizados por los especialistas de la producción racional de conocimientos del mundo. Si queremos, es una ciencia descriptiva de las configuraciones científicas que se suceden temporalmente en una génesis empírica. La epistemología no «fundamenta» verdades científicas y sólo está fundamentada ella misma en una descripción empírica y una tipología de las diferentes prácticas científicas observables en el presente o el pasado de las investigaciones de una disciplina: es decir, por el seguimiento de su continuidad o de sus revoluciones, siempre al hilo de la historia y teniendo presente la diversidad social de las ideas y de los razonamientos surgidos de la observación del mundo empírico.

La epistemología no es una ciencia prescriptiva y ninguna de las reglas acerca de las relaciones entre conceptualización y observación que tiene por objeto describir nos permiten decir cómo *habría que hacer* la sociología, la etnología, la demografía, la economía, etc. La epistemología que he desarrollado en *El razonamiento sociológico* no tiene otra «verdad» que las descripciones surgidas de una *investigación empírica* en el curso de la cual he analizado metódicamente, en los años ochenta, un corpus de textos —de economistas, de historiadores, de antropólogos, de sociólogos, etc.— pertenecientes a muchas escuelas y épocas, unidos con el objetivo de detectar y separar los tres niveles *lógico, esquemático y retórico* de las aserciones y las inferencias. Allí estaban Weber, Marx, Pareto, Smith, Braudel, Febvre o Simiand; Lazarsfeld, Merton, Bernstein como Durkheim, Halbwachs o Saussure; Tocqueville o Toynbee, Aron o Darwin; Mauss o Lévi-Strauss, tanto como Dumézil o Benvéniste; Bourdieu-Passeron como Goffman, Boudon, Touraine o Crozier y algunos otros contemporáneos. Ha sido por el tratamiento de este corpus —es decir, por el desmenuzamiento lógico y semántico de los textos que allí figuraban, sin preferencias ni presupuestos, otorgándoles el único título de ser representantes de las argumentaciones científicas reconocidos por todos

los investigadores—, con lo que he querido mostrar en qué y cómo construían *prueba sociológica* en y por su diversidad metodológica y por qué el razonamiento sociológico —tal y como se encontraba definido por las convergencias y los paralelismos en los desarrollos de estos autores— me parecía suficiente para definir la forma que toma el *espíritu científico* cuando se le aplica a materiales históricos que, por su estructura, excluyen el uso de la cláusula *ceteris paribus*.

En este sentido descriptivo, una epistemología no es formalizable, ya que no puede reducirse a una lógica general de los razonamientos científicos. Como toda descripción fundada sobre observaciones empíricas, sólo puede expresarse en una *lengua natural* de descripción. La epistemología debe tener en cuenta si describe, en una disciplina, razonamientos desarrollados en *lengua natural* o razonamientos formulados en *lengua artificial*, y, sobre todo, *el paso de una de las dos lenguas a la otra*. Puede definirse en términos estrictamente lógicos la compatibilidad de un enunciado con un enunciado pero jamás la de un enunciado con una realidad. Nadie ha podido *formalizar* —ni en lógica, ni en lingüística— en una lengua artificial las relaciones entre una lengua natural y una lengua artificial —es decir, entre una semántica *empírica* y la semántica *formal* que exige un sistema lógico para poder definir unívocamente todas sus operaciones—. La epistemología que se concentre en el conocimiento de las relaciones entre observaciones empíricas y su transformación por razonamientos en una lengua natural o por su transcripción en una lengua formalizada (incluso, matematizada), funciona como una «metalengua» que sólo dispone de las palabras de la lengua natural para describir las operaciones de una o de múltiples lenguas.

## SEGUNDO COMENTARIO

Sobre el carácter «histórico» de todas las ciencias sociales, subsiste una ambigüedad en tanto no se precise de qué historicidad específicamente las acredita mi epistemología. Tratándose de fenómenos que se manifiestan en el tiempo —caso de todos los fenómenos empíricos—, existen dos tipos posibles de *historicidad*: la del tiempo como *forma* de los fenómenos (solidariamente con el espacio) y la del tiempo como productor de *formas simbólicas* a través de las interacciones sociales. Se ha objetado a menudo a mi descripción epistemológica que distingue «la inteligibilidad» que pueden pretender las ciencias nomológicas —la inteligibilidad inherente a la universalidad de las «leyes»— de la inteligibilidad a que deben limitarse las ciencias «históricas» —inteligibilidad circunstanciada y contextualizada de configuraciones singulares— que, al hacerlo, olvidaría que las ciencias del mundo material o de la vida encuentran *también* la temporalidad en la textura de sus objetos: a saber, la historia del *cosmos* para las ciencias físico-matemáticas y la historia de la *evolución* (filogenética y ontogenética) de los seres vivos para las ciencias biológicas. El devenir de los objetos físicos o vivos, ¿no los constituye como objetos históricos, tanto como lo hace el devenir histórico de las sociedades humanas? Seguramente, pero permanece para el investigador (no metafísico) una diferencia fundamental y *constitutiva* que Max Weber subrayaba incansablemente entre ciencias nomológicas y ciencias históricas —no una diferencia ontológica entre ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*) y ciencias del Espíritu (*Geisteswissenschaften*),

como quería Dilthey—. Se trataba, insistía Weber, en una diferencia *metodológica* fundada sobre una coacción de *hecho*, definida por el estado de nuestros conocimientos sobre fenómenos observables en el tiempo. No disponemos en ninguna ciencia del hombre de una nomología, incluso balbuciente, sobre nuestros objetos en devenir; incluso no podemos esperar —salvo ilusión científicista de una revolución galileana o newtoniana venidera— contribuir a ella por la adición de nuestros resultados. Esta diferencia metodológica infranqueable instituye una frontera epistemológica de conjunto que la racionalidad epistémica sólo puede franquear aceptando transformar sus métodos de prueba. Sin duda, se puede considerar que existe una historia del *cosmos* o de los *seres vivos*, del mismo modo que existe una sociología histórica, pero la historicidad del objeto, en el caso de las ciencias sociales, se encuentra, de algún modo, redoblada ya que una de las dos historicidades no puede reducirse a la otra. El objeto de las ciencias sociales depende de la historia del mundo material y del mundo biológico con sus «leyes» universales, pero posee además una historicidad propia que sólo puede aprehenderse metódicamente sometiendo las tareas de conceptualización y de prueba de estas disciplinas a un «régimen epistemológico» particular. La inteligibilidad nomológica y la inteligibilidad histórica no se asocian de la misma manera en la comprensión del curso *histórico* y en la comprensión del curso del mundo *histórico*.

A menudo se me pide explicar —en mi concepción del «razonamiento sociológico» concebido como un paso obligado para todas las ciencias históricas—, por qué el «estilo científico» de la economía o de ciertas ciencias sociales «particulares» se acerca más al de las ciencias físicas o matemáticas que al de otras ciencias sociales, ya que a falta de «paradigma» unitario, hay al menos en economía un *mainstream*. Es una cuestión que he descubierto leyendo un artículo célebre de Edmond Malinvaud. Este inventor del *modelo* de la «contabilidad nacional» la había conceptualizado en términos muy próximos de los míos para explicar a jóvenes economistas por qué la economía «no hacía descubrimientos». Eso le llevaba a describir las razones epistemológicas que impiden a esta ciencia (la suya) —sin embargo, la mejor matematizada de todas las ciencias sociales— operar enteramente, a pesar del uso del cálculo del que se vanagloria, en la lógica de necesidad experimental que encarna la física matemática con una perfección con la que sueñan todas las otras ciencias. Si es verdad que se pueden hacer descubrimientos en física matemática no es, en sentido estricto, el caso en economía matemática, nos dice el análisis de Malinvaud que enumera las diferencias pertinentes que separan epistemológicamente estas dos disciplinas cuando se las refiere al marco popperiano de la validación de hipótesis. El estatuto formal de los conceptos y de la teoría, el estatuto unívocamente «falsador» de los test empíricos y, sobre todo, las relaciones entre las dos permanecen en economía, para Malinvaud, a pesar del lugar del cálculo y los modelos en dicha ciencia, como los de una «ciencia de la historia del mundo de los acontecimientos». Y él señala en su conclusión que, en la mayor parte de estos puntos, la economía se encuentra en la misma posición epistemológica que las otras ciencias sociales en tanto que ciencias que tienen que interpretar aquello que prueba una observación metódica del mundo de los acontecimientos históricos y de su devenir siempre singular y nunca repetible de forma idéntica.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BACHELARD, G. (1963), *Le nouvel esprit scientifique* (1<sup>ère</sup> éd. 1934), París, PUF.
- (1966), *Le rationalisme appliqué* (1<sup>ère</sup> éd., 1949), París, Vrin.
- BOURDIEU, P., J.-C. CHAMBOREDON y J.-C. PASSERON (1968), *Le Métier de sociologue. Préables épistémologiques* (1<sup>ère</sup> éd.), Mouton, París-La HayE.
- GRANGER, G.-C. (1982), «À quoi servent les noms propres?», en *Le nom propre*, Jean Molino (ed.), Núm. especial de *Langages*, 17, Larousse, París.
- (1994), *Forme, opération, objet*, Vrin, París. «L'explication dans les sciences sociales» (texto de 1971) est repris dans ce volume.
- JULLIEN, F. (1989), *Procès et création. Une introduction à la pensée des lettrés chinois*, Le Seuil, París.
- (1998), *Le sage est sans idée. L'autre de la philosophie*, Le Seuil, París.
- (2003), *Dépayser la pensée. Dialogues hétérotopiques avec François Jullien sur son usage philosophique de la Chine*, París, Les Empêcheurs de tourner en rond, París.
- KUHN, T. (1970), *The structure of scientific revolutions*, The University of Chicago Press, éd. augm.
- LAKATOS, I. (1963), *Proofs and refutations*, University Press, Cambridge, éd. augm.
- MALINVAUD, E. (1966), «Pourquoi les économistes ne font pas de découvertes», *Revue d'économie politique*, núm. 106, nov.-dic. 1996.
- PASSERON, J.-C. (1992), «Statique et dynamique: caractériser, expliquer et comprendre le changement», *Revue européenne des sciences sociales*, núm. 110, Droz, Genève.
- (2002), «Logique formelle, rhétorique et schématisme», en *L'argumentation: preuve et persuasion*, Fornel, M. de, Passeron, J.-C. (sous dir. de), «Enquête», vol. II, Ed. EHESS, París.
- (2003), «Découvrir, inventer, reconfigurer», en *L'invention dans les sciences sociales*. (sous dir. de P. Bridel), Labor et Fides, Genève.
- (2006), *Le raisonnement sociologique. Un espace non poppérien de l'argumentation*, Albin Michel, éd. augm., París.
- POPPER, K., *La logique de la découverte scientifique* (1<sup>ère</sup> éd. allemande, Vienne, 1936); *The Logic of Scientific Discovery*, Hutchison Co, Londres, 1959, puis rééd. augm. jusqu'en 1968.
- WEBER, M. (1965), «L'objectivité de la connaissance dans les sciences et la politique sociale (1<sup>ère</sup> éd. in *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1904); trad. fr. par J. Freund, in *Essais sur la théorie de la science*, París, Plon.
- (1956), *Wirtschaft und Gesellschaft* (1<sup>ère</sup> éd. 1921-1922), «Introduction. Les concepts fondamentaux», dernière éd., Winckelmann, Tubingen.